

ECUADOR

terra incognita



No. 19 · septiembre 2002 · US\$ 1,50

EL MAJESTUOSO
REINO DE QUITO



Próxima entrega
Los peces de nuestro mar



Ecuador en bicicleta

Acompañemos a **Diego Tirira** en la primera parte de su viaje por el Ecuador. Los pedales nos transportarán por la ruta Quito-Manabí, pasando por lugares sorprendentes.

8

Guayaquil en la memoria de los viajeros 32

Ángel Emilio Hidalgo nos relata acerca de las impresiones que el Puerto Principal dejó en los extranjeros que lo visitaron en el siglo XIX.

La biodiversidad de Quito 18

La Capital acoge a numerosas especies de árboles y arbustos. Con **Patri-
cio Mena** descubriremos los secretos florísticos de este ecosistema urbano.

De la mitología indígena 36

Los cerros no son solo cerros. **Jorge Anhalzer** nos cuenta su significado para los poblados que se asientan a sus pies.

El majestuoso Reino de Quito 24

La existencia de esta gran organización imperial ha sido cuestionada. Junto a **Richard Salazar** conoceremos acerca de la estructura política del Ecuador precolombino.

Notas 4

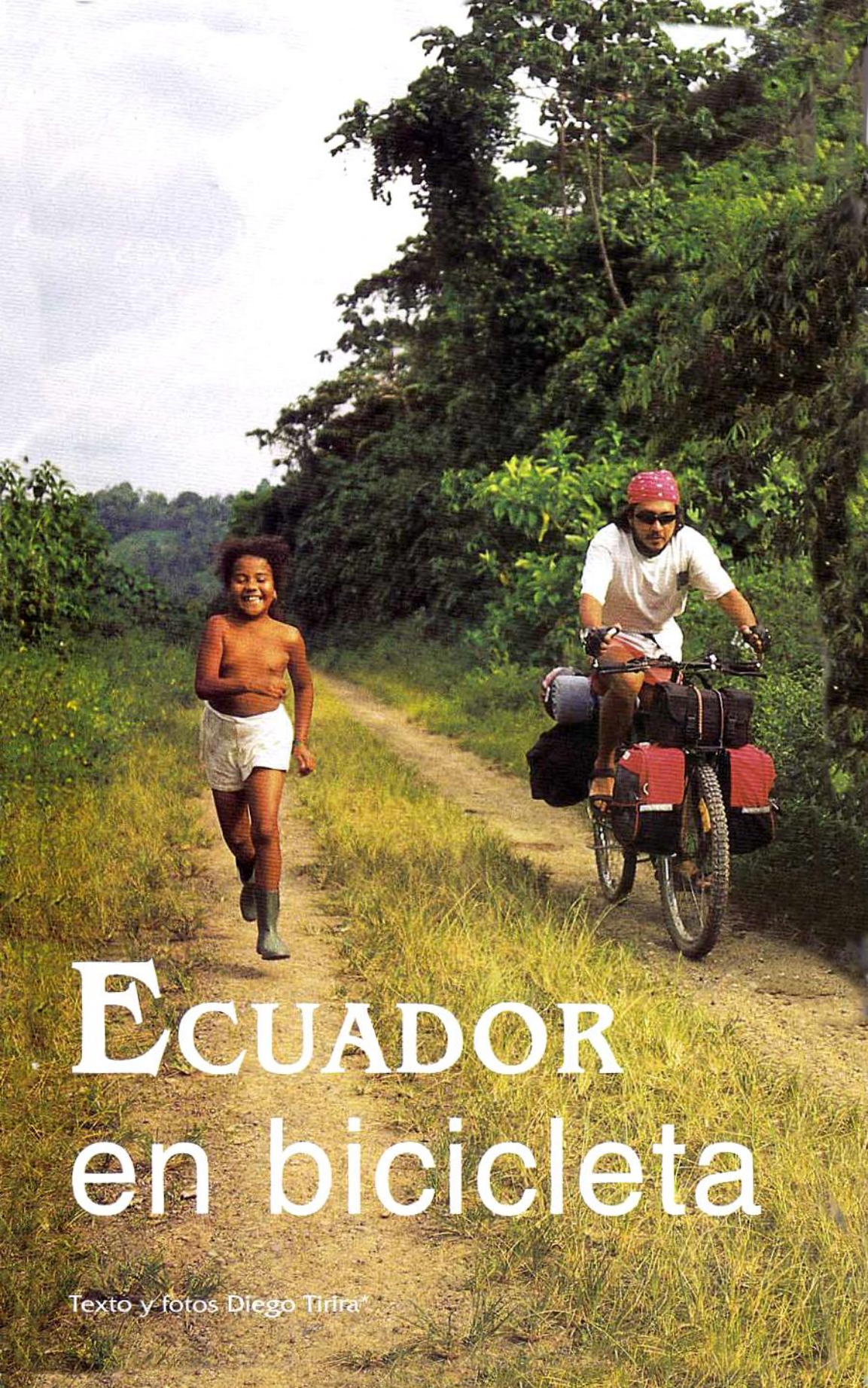
Allimicuna 41

Nuestra fauna 43

Notas bibliográficas 44

Humor verde 47

¿Qué lugar es éste? 48



ECUADOR en bicicleta

Texto y fotos Diego Tirira



Tuvieron que transcurrir ocho años para que se cumpla mi sueño de dar la vuelta al Ecuador en bicicleta. Efectivamente, el pasado 7 de abril del 2001 finalizó mi aventura, 60 días después de iniciada, con un recorrido total de 3 556 kilómetros (km) por 15 provincias de Costa, Sierra y Oriente. Durante este tiempo compartí con cientos de personas de las más variadas condiciones sociales y económicas, desde un reconocido músico de marimba, hasta un pescador manabita con fuertes tendencias hippies, además de alcaldes, chulqueros, ex combatientes del Cenepa... Fueron 60 días en los que recorrí el cálido valle del Chota en la provincia de Imbabura, las paradisíacas playas de Esmeraldas y Manabí, los extensos campos agrícolas de Guayas y El Oro, la montañosa Loja, la riqueza natural de ciertas zonas amazónicas y el apacible páramo de Papallacta. Un recorrido que incluyó mi paso por grandes autopistas y horrendos chaquiñanes. En mi travesía visité un bosque petrificado, varias reservas biológicas, el populoso centro de Guayaquil y territorios de indígenas shuar en las provincias de la Amazonía suroriental. Fueron 60 noches de no llegar a hoteles, o mejor dicho de no pagar por dormir, pues quería demostrar que el ecuatoriano es hospitalario por naturaleza y que la vieja costumbre de “dar posada” a los forasteros no se ha perdido. Así, mis noches transcurrieron entre una casita en la copa de un árbol, destacamentos policiales, estaciones de bomberos, escuelas, campamentos petroleros, haciendas, graneros y casas particulares. También quería demostrar que se puede viajar con un bajo presupuesto, que no se necesitan grandes cantidades de dinero para conocer el Ecuador, ¡y vaya que lo conseguí!

Mi gasto promedio fue de 3,22 dólares diarios, con los cuales disfruté de casi 100 diferentes comidas y bebidas típicas del país, desde suculentos platos como el cuy frito que se sirve en Natabuela, provincia de Imbabura, hasta el encocado de ratón espinoso, que lo preparan en Playa de Oro, Esmeraldas; pasando por los alfajores de Rocafuerte, en Manabí, el ayampaco de Macas (comida típica shuar), el jugo de borojó, místico por sus propiedades afrodisíacas, y la curativa agua de horchata que abunda en el sur del país. Un viaje que sin lugar a dudas me enseñó el Ecuador que muy pocos ecuatorianos pueden sentirse orgullosos de conocer:

Izquierda: Una inesperada compañía en la ruta hacia la playa de Coquito: María José, una linda niña esmeraldeña.

Inicia la aventura: de Quito a las playas de Manabí

Miércoles 7 de febrero. Cuando eran las 10h30, la mañana soleada y todo listo para iniciar mi viaje, sentí que me invadía el miedo a iniciar una aventura desconocida. Tan solo tenía que empujar el pedal derecho de mi bicicleta y todo habría empezado. Me encontraba junto a unos pocos amigos que fueron a despedirme. Los segundos se volvían eternos. Buscaba cualquier excusa para retrasar mi partida por algunos minutos, la que cada vez estaba más cerca y se volvía inevitable. El momento había llegado. Empujé el pedal y mi compañera por los próximos dos meses empezó a desplazarse. Transcurridos algunos minutos, ya solo en las calles de Quito, sentí una

alegría indescriptible de ver como un sueño terminaba y que la ilusión de recorrer Ecuador en bicicleta se desvanecía y se convertía en realidad.

Para salir de Quito tomé rumbo norte, en ruta hacia el monumento a la Mitad del Mundo, donde me vi seducido a participar de la acostumbrada fotografía del lugar, con un pie y una llanta de mi bicicleta en cada hemisferio. Desde aquí tuve que desviarme por un viejo camino que indicaba mi mapa, que cruza por San José de Minas y que me conduciría hasta Otavalo. Al acercarme a un taxista y consultarle por esta ruta, antes de responder me observó con asombro de pies a cabeza, luego me dijo: "Pero está muy lejos", a lo cual res-



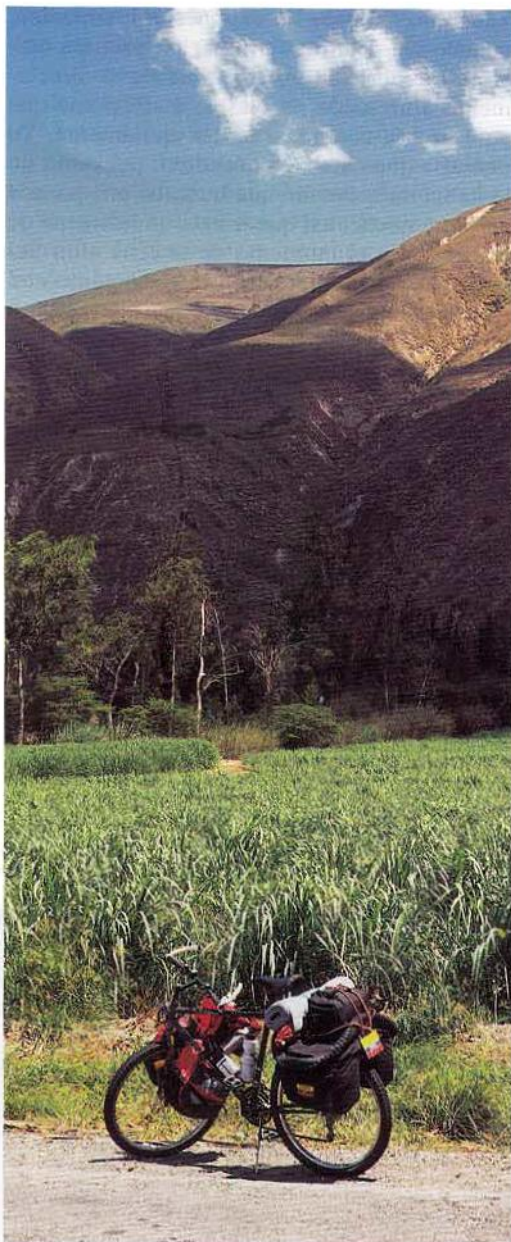
pondí que no importaba, que si supiera el viaje que tenía planificado esto no era nada. Luego movió su mano derecha y con su dedo índice extendido me indicó "Siga por ahí". Al transcurrir del día (y en los dos días siguientes) entendí a qué se refería mi improvisado informador.

Mi primer día de bicicleta me trajo hasta Perucho, donde empecé a poner en práctica uno de mis objetivos de viaje: no pagar por dormir o, mejor dicho, buscar posada. Para iniciar pensé probar suerte en la Tenencia Política del pueblo. Unos minutos más tarde estaba colocando mi saco de dormir en un pequeño cuarto de esta dependencia.

Viernes 9 de febrero. Desde esta tarde me encuentro en la provincia de Imbabura. A pesar de lo gratificante de los paisajes, en estos tres primeros días pagué alto precio por mi novatada en este tipo de aventuras, al tomar una ruta nada adecuada para cruzarla en bicicleta. Al dejar San Antonio de Pichincha, el camino se volvió tortuoso y peligroso, lo que me obligó a un lento descenso hasta el río Guayllabamba, seguido de un largo y difícil ascenso de casi 40 km. Me resultaba imposible pedalear por la pendiente, el mal estado de la vía y la abundancia de piedras sueltas, lo que me forzó a caminar buena parte del trayecto.

Ayer fue, sin duda, el día más difícil. Apenas avancé 32 km, la mayoría de ellos por una empinada y pedregosa cuesta. Al final de la tarde, lo único que deseaba era un cómodo y abrigado lugar para pasar la noche. Pero no fue precisamente lo que conseguí. El único sitio disponible fue un pequeño granero de unos cinco metros cuadrados que almacenaba un tipo de hierba llamada *reygrass*, utilizada para alimentar al ganado y que atraía a numerosas gallinas, las que fueron mis compañeras de cuarto.

En la tarde de hoy tuve un inesperado acompañante mientras recorría algunos de los caminos de piedra-bola que todavía persisten en esta provincia. Se trataba del *Taita* Imbabura. Ahora podía ver, y comprender, el porqué de su apelativo. Majestuoso como solo él y dominante de buena parte del paisaje imbabureño. Esta noche será gratificante. Decidí pasarla junto al lago San Pablo. La suerte me sonrió cuando encontré un antiguo hotel de lujo que había pasado a manos de la Policía Nacional con la finalidad de convertirlo en una escuela de turismo para policías. A pesar de esto, las habitaciones todavía eran funcionales, alfombradas, con baño privado, a orillas del lago y con vista panorámica al mismísimo Imbabura.



Arriba: Después de atravesar numerosas plantaciones de caña de azúcar, llegué al pueblo de Ambuquí, en el cálido valle del Chota.

Sábado 10 de febrero. Luego de saborear las exquisitas carnes coloradas de Cotacachi y los tradicionales helados de paila de Ibarra, terminé mi cuarto día de viaje en La Esperanza, famosa por los tapices y vestidos bordados a mano. En mi búsqueda de hospedaje me dirigí a la escuela del pueblo, donde me recibió su conserje, don Segundo Hinojosa, un hombre de edad madura y estatura pequeña.

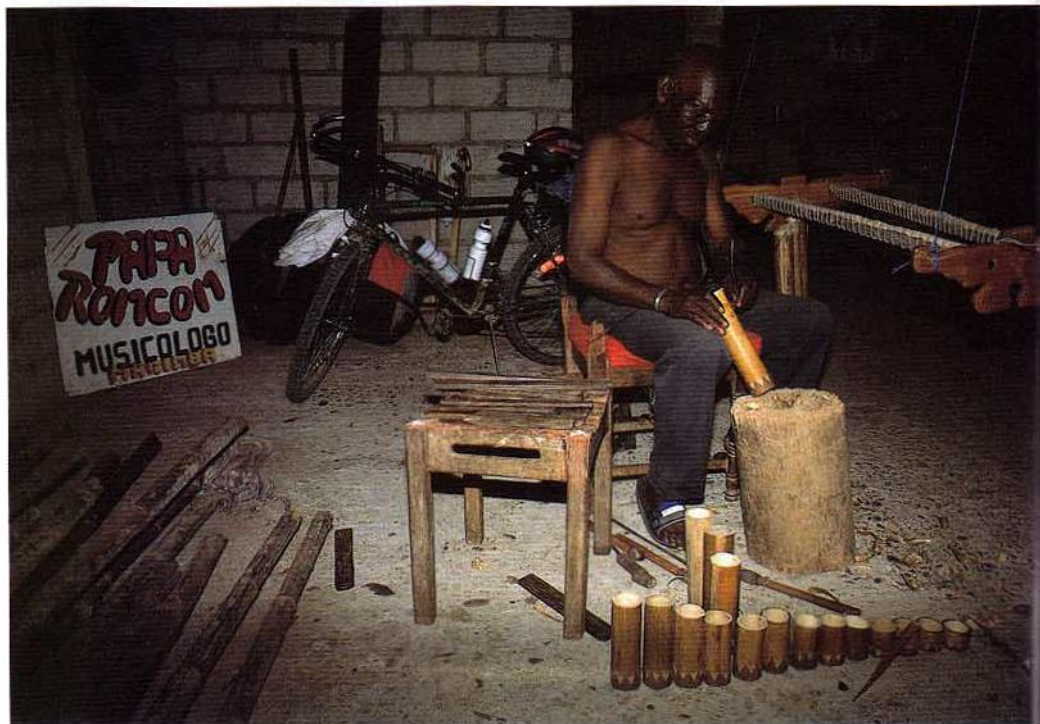
Tan solo empecé a exponer mi situación, cuando sin dejarme terminar mi primera oración, me abrió la puerta y me llevó directamente a un salón de clases, diciéndome que aquí podría acomodarme tranquilamente. Yo pensaba que estaba confundido, pues aún no le había mencionado que buscaba una posada para esa noche, así que trataba inútilmente de explicar. En el momento de la cena, don Segundo me dijo que estaba muy contento con mi visita, que siempre había querido recibir a un aventurero, pero nunca se le había ofrecido la oportunidad.

Domingo 11 de febrero. Mi viaje continuó hacia el cálido valle del Chota, un pequeño pedazo de África en la Sierra norte del Ecuador. Luego de atravesar numerosas plantaciones de caña de azúcar, mi mapa indicaba la existencia de un pueblo llamado Ambuquí, donde decidí pasar la noche. Mi sorpresa fue grande cuando al llegar observé que estaba habitado por gente mestiza y no con raíces africanas, como es la característica de la zona. Me sorprendió todavía más cuando me enteré que Ambuquí es conocido como la “capital mundial del ovito”, una fruta similar a la

ciruela, que se cultiva en abundancia en este lugar. Y como para que no quede duda, la primera casa que escogí al azar para solicitar albergue era de una familia de productores de ovitos. Es más, me ofrecieron posada con la condición de ayudarles a preparar un cargamento de 50 cajas de ovitos que tenían que viajar a Colombia al día siguiente. Así que puse manos a la obra.

Lunes 12 de febrero. Al dejar Ambuquí me adentré por un camino vecinal que ingresa en la provincia del Carchi por unos pocos kilómetros, donde fui “devorado” en cuestión de minutos por cientos de pequeños mosquitos. Fueron instantes verdaderamente desesperantes, pues mientras los ahuyentaba de una de mis piernas, en la otra me atacaban grupos de 20 a 30, que marcaron en mi piel las señales de su paso, picaduras que imagino tomarán algunos días en desaparecer. Desde este punto empezó mi descenso hacia la provincia de Esmeraldas. Los primeros pinchazos también se hicieron presentes en este día, y como fueron ambas llantas al mismo tiempo, esto me obligó a buscar posada poco antes de lo pensado. Ahora será en el recinto Cuajara, habitado por gente morena.

Abajo: En su taller, Papá Roncón afina y pule la marimba, para empezar a entonar aquellas canciones que tanto me gustan y que me acompañarán en mi corto paso por Borbón.



Sábado 17 de febrero. Llegué a Borbón antes del mediodía con la intención de encontrar una canoa que me lleve por el río Santiago hasta Playa de Oro, pero no tuve suerte, hoy no saldrá ninguna embarcación y tampoco era seguro que salga mañana. Como no tenía el menor interés de pasar la noche en este descuidado e intimidante pueblo, me encontraba meditando si continuaba mi viaje. De pronto una voz a mis espaldas preguntó: “¿E ónde e que uté viene?”. De Quito, le respondí. “¿De Quito! ¿Que va, pue! ¿Y así en eta bicicleta e que uté vino?”. Pues sí, salí hace 10 días. “Eso sí que a de ser duro, pue”. Se trataba de un hombre negro de edad avanzada, calvo y con el vientre algo abultado. Así empezamos un ameno diálogo, en el cual yo respondía a todas las curiosas preguntas de mi inesperado interlocutor. Luego de varios minutos, me percaté de que su camiseta tenía dibujada una marimba, donde se podía leer “La Catanga”. Esto me hizo recordar el nombre de uno de los mejores discos que ha llegado a mis manos, de música afro-ecuatoriana tocada en marimba por el famoso Papá Roncón. Al ver la camiseta le pregunté si sabía tocar marimba. “Claro, pue”, me respondió. A lo que seguí: ¿Y conoce a Papá Roncón? “Soy yo mismo, pue”. No podía creer lo que me estaba pasando. De pronto el diálogo cambió. Ahora era yo quién empezaba a preguntar con curiosidad y Papá Roncón quien respondía. De pronto mi nuevo amigo insinuó que me quede a descasar esa noche en Borbón. Yo pregunté aparentando ingenuidad, aunque sabía la respuesta, dónde podría pasar la noche, a lo que me respondió: “En mi casa mismo, pue”. Así que no lo pensé dos veces y es en donde me encuentro escribiendo estas líneas.

Al entrar en casa de Papá Roncón, cuyo verdadero nombre es Guillermo Ayoví Erazo, pude descubrir que es un verdadero maestro y apasionado de la marimba. Mientras conversábamos se puso a pulir y afinar su instrumento, para luego empezar a entonar algunas de aquellas canciones que tanto me gustan de su disco. En la noche, la alegría fue completa cuando me avisaron que a la mañana siguiente saldría una canoa para Playa de Oro.

Domingo 18 de febrero. A eso de las cinco de la mañana, mientras dormía plácidamente, mi sueño se interrumpió por suaves y hermosas notas musicales que emanaban de una marimba. Era Papá Roncón, quien tenía la costumbre de entonar su instrumento a esas horas del día, aprovechando el silencio y la paz de la madru-

gada, lo que le permitía disfrutar de su sonido y detectar posibles teclas desafinadas. Yo me levanté y me senté junto a él, silencioso, a disfrutar de su música y su labor.

Antes de las 9h00 me encontraba navegando por el Santiago, un río de aguas transparentes, con frecuentes rápidos y abundante piedra-bola, rumbo a Playa de Oro, un pequeño asentamiento de gente negra, próximo a la Reserva Ecológica Cotacachi-Cayapas. La noche de hoy la pasaré en casa de gente local. En la cena degusté un exquisito plato típico de la zona, el encocado de ratón espinoso, uno entero por persona.

Domingo 25 de febrero. Me encuentro en Coquito, una playa deshabitada cerca de Muisne. La alegría de encontrar huellas frescas de tortugas marinas en la arena fue grande, más aún cuando era evidente que habían construido nidos para depositar sus huevos durante la noche anterior. Noche que no fue alegre para todos; para mí fue sin duda la peor desde que inicié mi viaje. Fui víctima de la “manta blanca”, un tipo de diminutos mosquitos que se filtraron con facilidad a través de mi toldo, e ignorando el repelente, se deleitaron durante toda la noche con las partes descubiertas de mi cuerpo. A la mañana siguiente sus huellas eran evidentes: más de cien diminutos puntos rojizos en cada brazo y algo similar en el rostro y cuello; afortunadamente no producían picazón.

Miércoles 28 de febrero. Desde la tarde de ayer me encuentro en la provincia de Manabí, tierra de gente amable y bellas mujeres, lo que no es difícil comprobar, pues si siguiese el dicho “para muestra basta un botón”, sin problema pudiera conseguir material suficiente para confeccionar todo un vestido.

Mi primera noche en esta provincia la pasé en el recinto Chebe, en casa de don Gustavino Zambrano, desde donde salí muy temprano en la mañana. Cuando eran cerca de las 13h00, y había recorrido unos 50 km, decidí guarecerme del intenso sol bajo la sombra de un árbol a la vera del camino y así descansar unos minutos. De pronto, un pequeño rótulo colocado a unos pocos metros llamó mi atención. Decía: “Escuela de Arte Latitud 7”. Decidí entrar a conocer y refrescarme un poco para luego continuar mi viaje. Su dueño era Jean-Marie Kientz, un francés cincuentón que ha vivido casi la mitad de su vida en el Ecuador. Luego de unos minutos del diálogo de rutina, me invitó a que sea su



Arriba: Playa manabita de la "Mitad del Mundo", a solo 15 km de la Escuela de Arte Latitud 7, cuyo extraño nombre simplemente indica su ubicación en el planeta: coordenadas 0°07', latitud sur.

huésped durante esa noche, lo que no dudé en aceptar, más aún tratándose de un bonito mirador, rodeado con vegetación natural y a pocos metros del mar. Al igual que ayer, la nota de alegría la pusieron los monos aulladores, que me acompañaron con sus cantos en varios trayectos de mi viaje, tanto en el sur de Esmeraldas como en el norte de Manabí.

Jueves 1 de marzo. Dos tipos de paisajes han dominado mi viaje durante la última semana. Por una parte mar y playas hermosas; y por otra, extensas zonas ganaderas. En más de una ocasión he tenido que detenerme en la carretera para permitir el paso del ganado. Es más, durante largos trechos he tenido que percibir el olor del excremento fresco depositado en el camino.

Hoy en la tarde pagué alto precio por confiar en la percepción de la distancia que tienen los campesinos. Cuando eran poco más de las 16h00 pregunté por la Escuela Río Muchacho, un lugar ecológico de diseño alternativo ubicado cerca de Canoa. Mi informante me indicó que estaba a una hora de camino y que los últimos 15 minutos eran desviándose de la vía principal. Sin duda se trataba de una distancia corta. Sin embargo, luego de casi dos horas de pedalear encontré un rótulo que indicaba el desvío esperado, desde donde empezaba un camino bastante lodoso y destruido por la abundante ganadería del lugar. Al preguntar nuevamente, un campesino me indicó que la Escuela Río Muchacho se encontraba a media hora. Eran cerca de las 18h00, pensé que podría llegar antes que oscurezca. Luego de recorrer unos 30 minutos y cuando creía haber llegado, decidí nuevamente preguntar. La respuesta fue: "Le falta una hora todavía patrón, está lejitos". Unos 30 minutos más tarde, ya con la noche a cuestas, nuevamente pregunté, obteniendo respuesta similar, situación que se repitió 30 minutos más tarde. Algo pasadas las 20h00 finalmente llegué a mi destino, cuatro horas más tarde de lo previsto por mi primer informante. Felizmente esta noche tengo un lugar para dormir bastante original. Fui acomodado en una pequeña casita construida en la copa de un árbol, a unos 20 metros de altura.

Sábado 3 de marzo. Dejé San Jacinto antes de las 9h00 sin conocer al dueño de la casa donde pasé la noche. En la tarde de ayer al llegar a esta bella playa manabita, me acerqué a una pequeña tienda para solicitar la posada del día. La muchacha que atendía fue a conversar con su abuelo, quien aceptó alojarme en un bonito cuarto que tenía frente al mar para recibir a sus parientes de Portoviejo. Pero ni en la noche de ayer, ni en el día de hoy lo pude encontrar para darle las gracias por recibirme.

Tomé rumbo a Manta. Al llegar a un pintoresco caserío, pregunté a un anciano: Señor, ¿cómo se llama este pueblito? Y él me respondió: "El Pueblito". Yo pensé que no me entendió, así que repetí mi pregunta y obtuve la misma respuesta. Volví a preguntar por tercera ocasión, articulando con lentitud porque pensé que no me entendía por mi acento serrano, pero tuve nuevamente la misma respuesta, así que opté por continuar, algo molesto por no conocer el nombre del lu-

gar y por la falta de comunicación con la gente local. Unos metros más adelante había un pequeño rótulo que decía “Bienvenidos a El Pueblito”. El trayecto por esta zona manabita, entre El Pueblito y Rocafuerte, es de lo más agradable. Abundantes zonas arroceras, numerosos palmares y todo en el más puro estilo montubio.

A Manta llegué a eso de las 12h00, con un calor abrasador que me obligó a buscar sombra y a hidratarme en abundancia. Luego recorrí el remodelado malecón y sus playas y el reordenado centro comercial, que ha dado a la ciudad un nuevo aspecto.

Desde Manta continué por la nueva vía del Pacífico, una carretera que bordea el mar hasta Puerto Cayo, donde se une a la ya existente vía a la península de Santa Elena. Hoy llegué hasta San Lorenzo de Manta, un pequeño poblado que vivió toda su vida en completo aislamiento, al cual únicamente se llegaba en canoa o caminando por la playa, lo que imagino no siempre fue fácil, pues es en este lugar

donde he visto las olas más grandes en el Ecuador, las que sin problema alcanzan los tres metros de altura. Esta noche la pasaré en casa de don Alfredo Zambrano, un hombre de unos 40 años, 17 de los cuales vivió en Nueva York, tratando de perseguir el añorado “sueño americano”, pero finalmente regresó a Ecuador. Según me dijo allá hay dinero pero no hay vida, nada como vivir en un pueblo tranquilo a nivel del mar.

Domingo 4 de marzo. Llegué a Puerto López. El trayecto de hoy fue de lo más hermoso. Atravesé zonas de paisajes excepcionales del Parque Nacional Machalilla y me di un breve chapuzón en la playa de Los Frailes, una de las más bellas e intactas del Ecuador continental. La noche la pasaré en casa de mi amigo y ex compañero de universidad, Jorge Samaniego, ahora un próspero hombre de la vida manabita.

Han transcurrido 26 días desde que inicié mi aventura. Hasta el momento he recorrido 1 314 km 📍